

sin limitaciones, ni pautas extranjeras. Está presente aunque sea silenciosa, entre mariposas, libélulas que vuelan a su alrededor y aunque las flores sigan saliendo cada año a borbotones morados por encima de los muros, traspasando aquel mundo hermético interior hacia el otro, el exterior.

“Manos gastadas, rojas, gruesas, fatigadas, cargadas de símbolos, flechas, estrellas”. Mi trabajo es un testimonio de esa lucha rodeada de todo lo que existe. Sólo quise comunicarme con todas aquellas mujeres que me lean y comprendan lo que sentí y siento como mujer, al lado de mujeres y con mujeres. Utilizo mi expresión, el dibujo, como herramienta de trabajo para testimoniar sobre sus vidas, sus trabajos. Lo poco que sé lo he puesto al servicio de la mujer.

Los colores vibrantes y contrastantes estaban en la realidad antes de que mis tintas las reprodujeran, ya estaban las manchas de las bugambilias contra el azul intenso del cielo a la vuelta de cada esquina, con curvas ascendentes y descendentes que envuelven las montañas, el mar, las casas.

Así comencé una carrera desenfrenada por imaginar de noche lo que podía ganarme de mano a la mañana siguiente, a cualquier vuelta de volante perteneciendo al mundo real antes que a mi mundo fantástico.

Los mantos de las mujeres argelinas son todos diferentes, no hay uno que se parezca a otro y tienen las formas más diversas; la mujer pone siempre en su manto un gesto, un detalle de su personalidad que con ojos de conocedora empecé a descubrir poco a poco. Esos mismos ojos ciegos que la noche del 15 de septiembre no distinguían nada, ahora, como conocedores, descubrían paulatinamente detalles. Mis sentidos agudizados y afinados me permitían percibir hasta un leve pliegue del manto; por los pies determinaba la edad de las mujeres, por la mirada detrás del velo imaginaba su vida y sus sentimientos. Detrás de los altos muros reconstruía mundos; a veces me bastaba un detalle descubierto al azar como punto de partida de toda una historia. Estos mundos me esperaban después de las nueve de la noche sobre el papel; en el día rondaban en mi cabeza: el llamado de la Mezquita era el acento de esos pensamientos. A ese mundo que noche a noche me aguardaba, le bastaba que yo pusiera el primer personaje sobre el papel convirtiéndolo en la llamada silenciosa a otros seres, objetos y espacios que convivían con él en la realidad.

El rostro tras el velo comenzó a ser visible para mí. Me hablaba ese lenguaje que no llegué a entender, pero que poco a poco pude interpretar por los gestos que lo acompañaban más que el significado de cada frase.

Los espacios de la mujer argelina pasaron a ser mis espacios, como mujer. El cementerio, la Mezquita, las largas horas del “tan-tan” en los casamientos o noviazgos, me hacían entrar en la danza. El reposo en el cementerio, donde al aspirar el olor dulzón de la menta penetraba en la fragancia de ese gran jardín final; allí escudriñaba gestos, confidencias y los recuerdos del pasado en cada rostro de mujer, una muerte que no era la mía, sino otra, más accesible, menos ensalzada

cine

## no soy lo bastante hombre para ser madre

Por lo general la “verosimilitud” se da tratando de que los monitos, se parezcan a los personajes de carne y hueso. La película *Popeye*,\* hace exactamente lo contrario. Con recursos espectaculares, Altman y sus maquillistas hacen que Shelley Duval sea igualita a Olivia, Rosario, Olive Oil. Robin Williams, en el papel del padre-madre-marinero Popeye, mantiene un ojo siempre cerrado mientras la pipa la juega constantemente en los labios y aparece con un curioso maquillaje en los antebrazos y brazos.

Robert Altman, director de la película; el caricaturista Jules Feiffer; el músico Harry Nilsson, los que trabajaron los efectos especiales, el maquillaje y el vestuario, hacen de este filme algo más que una película para entretener a los niños, es una solución espectacular de la “verosimilitud” al revés: es decir, se trató de hacer coincidir a los seres humanos con las caricaturas. Voces, actuación, escenografía, diálogos, todo se conjunta para hacer de *Popeye* una película muy especial. Hasta Cocoliso, el bebé que Altman consiguió para hacer este personaje, es estupendo y da pie para la escena más tierna y bella de la película: el villano Bluto, enemigo de Popeye y del pueblo todo, ha raptado al hijo adoptivo del marinero-héroe; Cocoliso pues, ha sido arrancado de los brazos de su “madre adoptiva”, pues eso se considera Popeye respecto del bebé. Popeye se lamenta a solas, en su hamaca; el refugio está en tinieblas; el marino que odia las espinacas entona una balada triste. El acierto de Jules Feiffer entra en acción: Popeye se autoculpa de no saber cuidar a Cocoliso y exclama dolido:

—No soy lo bastante hombre para ser madre.

J M.A.V.

\**Popeye*. Estados Unidos, 1980 de Robert Altman con Robin Williams, Shelley Buvall, Ray Waltson.